

Concurso literario Juvenil de Ensayo y Cortometraje 2014
Basado en la Novela Mister Politicus y El Desenterrador de
Ramon Fonseca Mora

Ensayo presentado por :

Estudiante:
Andrea Camargo
Instituto David, Chiriquí
Profesora: Luis Carrera

Obtuvo Premio de Tercer Lugar

La Sombra del Pasado

Crítica de una historia inusualmente común”

Pulvis et umbra sumus. Polvo y sombra somos; es una gran verdad atribuida al poeta Horacio. Pero, ¿a qué sombras se refiere? Una sombra es una imagen oscura que proyecta un cuerpo sobre una superficie cualquiera, interceptando los rayos directos de la luz. Pero, esas no son las únicas que existen; están también aquellas que llevamos por dentro, que proyectamos a los demás, y que, si no son exterminadas, pueden sumergirnos en un pozo de oscuridad tan profundo que los rayos de luz, esperanza, amor y felicidad no consiguen llegar hasta nosotros. El Desenterrador, de Ramón Fonseca Mora, está plagado de ellas. Para mí, más que un thriller, es un desafío para que acabemos con las mismas, iniciando con las de nuestra propia alma y luego, sobre todo, con las de nuestra sociedad.

“*El Diablo recorre el mundo...*” Ya nadie lo cree, porque parece mitología, algo relacionado con la religión, y ambos son conceptos para los que no parece haber espacio en el mundo moderno, plagado de rascacielos, dispositivos tecnológicos y tráfico infernal. Nos hemos convertido en seres neuróticos, enfermos y agresivos. Pasamos nuestros días corriendo de una oficina a otra, estresados, trabajando por lo que sólo un alma muy generosa llamaría “vida”. Creemos que somos conscientes del mal que nos rodea, pero a pesar de los múltiples noticieros con más de 10 muertes por día y la sangre desplegada desvergonzadamente en las portadas de muchos periódicos, no logramos recordar que el mal no es un arma, sino aquello que impulsa su creación y su uso. Edgar Allan Poe dijo “*las cosas invisibles son las únicas realidades*”. No es una afirmación con la que

personalmente concuerde del todo, pero reconozco que en este contexto está en lo cierto, porque para ver cosas invisibles debemos saber y creer que están allí, y luego de esto procurar ver a través del manto de distracciones que hemos creado, para reconocerlas.

Uno de los aspectos que más me agrada de la novela es cómo consigue demostrar que lo invisible sigue allí, en la vida real, no como un mito sino dentro de cada uno de nosotros. Es por eso que el mundo está plagado de maldad, sus habitantes nacen con ella, la alimentan y arrullan; pero aunque todos hagamos eso en algún punto de nuestra vida, no necesariamente lo hacemos siempre. El mundo no es completamente malo, siempre habrá rayos de luz provenientes de aquellos que han alimentado más al ángel que al demonio y que luchan contra la injusticia. ¿Será L. Urbano Calvet uno de estos valientes personajes?

Nadie puede negar que de joven lo fuera. Muy pocos adolescentes en la actualidad pondrían sus vidas en peligro en la búsqueda de la justicia y la soberanía; hechos como los del 9 de enero ya no ocurren, forman parte de una época en la que aún era socialmente aceptable ser un héroe, un mártir. Pero, a pesar de lo mucho que admiro su valentía y entrega, el protagonista de *El Desenterrador* es el personaje más detestable que haya conocido.

Después de la fiesta por la devolución del Canal, fragmento que me hizo sonreír y sentir ese familiar orgullo nacionalista que enternece mi corazón cada vez que leo, escucho o veo algo relacionado con alguno de nuestros triunfos como país, esperaba que Urbano fuera capaz de vivir en el presente sin dejar, por supuesto, de recordar con amor y honra a los perdidos en un tiempo más oscuro. Pero no, no fue así. Calvet es el personaje más negativo, derrotista, testarudo, egoísta, vergonzosamente ridículo y machista (como si ya no fuera suficiente) que he encontrado en un libro. Sé que parece injusto de mi parte llamarle egoísta a alguien que puso su vida en peligro por una causa justa. Pero Urbano lo era ya que ni siquiera, por el bien de su hijo, se dignó a combatir sus demonios internos. Además, me resulta imposible respetar a un personaje tan frívolo que se “emociona” por cada falda que ve. Urbano Calvet está sin duda pasando por una crisis de la casi tercera edad, e intenta ignorar su vejez aferrándose patéticamente a toda mujer joven impresionable con la que se topa.

El pequeño fragmento que narra el silbido de las balas y el sentimiento que produce es una de las mejores narraciones que he leído. Me recuerda al cuento “El Juego Más Peligroso” de Richard Connell, ya que ambos describen a la perfección cómo se siente ser perseguido, ser el objetivo en la mira del arma de alguien lleno de deseos asesinos y ese instinto que tanto humanos como animales sienten cuando su vida peligra: *“el miedo al dolor y el miedo a la muerte”*. Nunca

he pasado por una experiencia tan tormentosa como la de los héroes del 9 de enero o la de Rainsford en el relato de Connell, y espero nunca hacerlo. Sin embargo, puedo entender que situaciones como estas pueden herir a alguien y marcarlo de por vida, pero lo importante y que determina qué clase de ser humano eres, es qué decides hacer con tus heridas. Por una parte puedes actuar como lo expresó Aisha Tyler: *"Las heridas se convierten en cicatrices y las cicatrices te hacen resistente"*; como también puedes pasar el resto de tu vida impidiendo que esas heridas cierren.

Desde que inicie la lectura del Desenterrador no pude dejar de pensar en el autor Edgar Allan Poe, un gran escritor sin duda pero alguien que dejaba mucho que desear como persona. Su eterna oscuridad me recordaba mucho a la del protagonista, aún más cuando leí una cita de Poe que podía haber sido escrita por el mismo L. Urbano Calvet y encajado perfectamente en su historia. *"No ha sido en la búsqueda del placer que he puesto en peligro la vida, mi reputación y la razón. Ha sido el intento desesperado de escapar de la tortura de los recuerdos, de un sentimiento de soledad insoportable y el temor de alguna extraña muerte inminente"*.

La cita anterior, en mi opinión, también señala y enmarca el papel de los demás personajes secundarios. John Lennon dijo una vez: *"Como de costumbre, hay una gran mujer detrás de cada idiota"*, y en este caso habían tres. M.: "el temor de alguna extraña muerte"; Soledad: "la tortura de los recuerdos"; y Anabella: el intento de escapar "de un terrible sentimiento de soledad". El personaje de M., me resultó sumamente fastidioso desde el inicio de la obra. Su bipolaridad era extenuante; y su constante acecho físico y psicológico al pintor me mantuvo impaciente durante toda la lectura. En cuanto a su efecto en Urbano, se destaca el hecho de que este comenzó a sentirse cada vez más atormentado por sus recuerdos y el demonio alado después de conocerla. Personalmente no creo que M. le haya lanzado un extraño "hechizo" al estilo de Morgana Le Fay, la eterna enemiga del Mago Merlín. Su angustia se debía más que todo al trauma que provoca encontrarse en un sitio o cerca de personas que emanan una esencia de odio, sadismo y maldad que naturalmente nos hace sentir perturbados.

A pesar de que disfruto en gran manera de las diversas manifestaciones artísticas, no soy una gran conocedora del arte o su historia; aun así, reconocí de inmediato los nombres Camille y Rodin. Aunque no sabía mucho de su obra o su pasado, investigué más sobre ellos y pude meditar en los pasajes del libro que hablaban de ambos. Puedo concluir que M. se sentía identificada con la difunta escultora por creer a esta última una mente brillante ignorada por la sociedad, y finalmente loca. Más allá de sus esculturas M. en verdad creía en su propia forma de concebir el mundo y la humanidad e impacientemente intentaba que el resto de

los “borregos” la comprendieran o al menos dejaran el camino libre para “la dominación total por los que saben hacer las cosas bien”.

Curiosamente, fue la escultura de Camille Claudel, “La Edad Madura”, la que me llevó a pensar en otra de las mujeres presentes en la vida de Urbano, tal vez la más influyente sobre él: Anabella. La obra ya mencionada, evoca la indecisión de Rodin entre su ex-amante Rose Beuret, representada por una mujer, algo entre un ángel y un demonio alado, quien se lleva al escultor mientras Camille se encuentra suplicante de rodillas, extendiendo sus brazos hacia él. El ser alado de los sueños de Urbano podría muy bien ser la mujer ángel-demonio que se lleva a Rodin, y Camille representar a Anabella, quien siempre intentó y al final consiguió sacar al pintor de su tormento, como describía Margaret Atwood *“Él estaba infestado, ilegible y no podía ayudarlo: tomaría tanto tiempo sanarlo, desenterrarlo, y escarbar hasta donde era auténtico”*.

En cuanto a Soledad, su determinación en la búsqueda de Menéndez, su padre, enternece e inspira. Aun así debo confesar, siendo consciente de que pueda que no tenga el derecho de hacerlo, al no haber perdido ningún familiar de forma tan horrorosa, que de haber ocupado su lugar, me habría dedicado a honrar la memoria del difunto y a trabajar por el progreso del legado que su padre defendió: un Panamá libre y próspero. Los muertos nada saben y nada ven, pero a veces son los vivos quienes necesitan desenterrarlos para poder dar clausura a viejas heridas. Todos debemos hacer lo necesario para alcanzar la paz interna, así sea trabajar por una empresa noble, pero difícil, como es buscar muertos de la dictadura. Creo que todo panameño sabe que no hay nada más complicado que luchar con la burocracia corrupta y desinteresada de este país.

Uno de los aspectos que capturó más mi atención fue el modo de narrar la historia. Creo que fue una decisión brillante por parte del autor, puesto que consigue demostrar todos los elementos que intervienen en la vida del protagonista y que contribuyen o intentan impedir que este finalmente supere sus miedos y cobardías y asuma su papel como Desenterrador. Me gustó en especial el cambio de perspectiva en los fragmentos sobre el 9 de enero entre Urbano y su padrastro. Creo que resultó una forma justa de contar la historia.

Mi parte favorita, sin embargo, es el fatídico encuentro en Taboga cuando el padrastro del protagonista se interpone entre este y Bill, y arriesga su propia vida por salvar a Urbano, y la escena en el hospital luego de la tragedia. Considero que hay pocas cosas más puras que el perdón. En situaciones como esa, en la que ha surgido odio y conflictos entre razas o culturas, se sabe que ambos bandos han cometido errores, tal vez unos más que otros, pero todos han sido manipulados por las circunstancias que los intereses políticos y económicos causan. Aquí,

parecido a la era post-apartheid de Sudáfrica, se reconoce que, como dijo Mandela, *“el perdón libera el alma, hace desaparecer el miedo. Por eso el perdón es un arma tan potente”* y la principal clave para dejar ir los prejuicios del ayer, resolver los problemas de hoy y construir juntos el futuro.

Cuando leía *El Desenterrador* de Ramón Fonseca Mora recordé una frase de Robert Frost: *“En tres palabras puedo resumir todo lo que he aprendido acerca de la vida: la misma continúa”*. Por mucho sufrimiento que haya, el planeta Tierra seguirá girando y el tiempo no se detendrá. Esta novela me ha recordado que el ser humano tiene la capacidad de resistir y afrontar grandes tristezas y dolor, en la misma medida que tiene el poder para recuperarse, cambiar el mundo y realizar grandes hazañas. Esta fortaleza mora dentro de cada ser humano y depende de nosotros mismos dejarla salir. No basta con recordar y desenterrar los héroes del pasado, debemos convertirnos nosotros mismos en los del presente.